



UNO

Si bien ya era tarde, no fue el ruido de la discusión lo que despertó a Helen en mitad de la noche.

Tras retirarse, estuvo largo rato echada en la cama escuchando el vaivén de voces provenientes de la biblioteca. Se trataba de un sonido familiar, más reconfortante que preocupante. Su madre y su padre a menudo se reunían con los otros, y las reuniones eran cada vez más frecuentes y últimamente más animadas. Sin embargo, algo había esa noche en la cadencia de aquellas voces —si bien conocidas— que alteraba los nervios de Helen, como si los tuviese bullendo casi a flor de piel.

Al principio trató de descifrar las palabras que se colaban por las rejillas de ventilación de su dormitorio, en especial cuando resonaban con el acostumbrado tono de barítono de su padre o con la voz firme y clara de su madre. Aunque después de un rato, Helen se dio por vencida, y optó por dejar vagar su mente mientras contemplaba el dosel que cubría su lecho.

Sus pensamientos regresaron a los ejercicios de esgrima de por la mañana y a la discusión con su padre. No era la primera vez que se rebelaba contra la nueva disciplina

añadida a su currículo. Aún no acertaba a comprender en qué podría contribuir la esgrima a su formación, pero en lo tocante a su educación, la palabra de padre era la ley. Él sabía de sobra que la destreza de Helen residía en la estrategia del ajedrez, en los problemas de lógica y criptografía que era capaz de resolver con más rapidez que él mismo, no en la agilidad de movimientos que requería la práctica de la esgrima. Aun así, seguía insistiendo. El florete era la única concesión a su inexperiencia. De haberse entrenado con uno de sus contrincantes habituales, sin duda habría usado el sable. Ahora, en el silencio de su habitación, Helen apostaba a que pronto lo usaría también con ella.

No recordaba haberse deslizado en el vacío del sueño, y no despertó con suavidad. Fue el ruido de pasos apresurados abajo en el vestíbulo lo que la hizo incorporarse en la cama, con el corazón acelerado. No le dio tiempo ni a preguntarse qué estaba ocurriendo, la puerta se abrió de golpe y la luz de las velas de los apliques del pasillo arrojó extrañas sombras sobre las paredes y suelo de su dormitorio.

Arrimándose al cabecero, tiró de la colcha hasta su barbilla, demasiado asustada para avergonzarse de su infantil comportamiento.

—Tienes que levantarte ahora mismo, Helen.

Su madre penetró en la oscuridad de la habitación y se dirigió hacia el tocador. Se puso a revolver entre los tarros de cristal y frascos de perfume haciéndolos tintinear ruidosamente.

—¡Pero... si es medianoche! —protestó la muchacha.

Entonces la mujer se dio la vuelta y un rayo de luz procedente del pasillo iluminó la bolsa de viaje que llevaba en la

mano. Constatar que su madre le estaba haciendo el equipaje fue como el soplo de un huracán en su mente confusa. En cuestión de segundos su madre cruzó la habitación, se inclinó sobre la cama y le susurró al oído:

—Corres un grave peligro, hija. —Apartó la colcha del cuerpo tembloroso de Helen. La muchacha tenía el camisón retorcido alrededor de los muslos, y el aire frío le dio una dentellada en la piel mientras la mano de su madre la agarraba del brazo y la arrancaba del calor de su lecho—. ¡Ven-ga, vamos!

Notó el frío de las alfombras bajo sus pies desnudos mientras era conducida hacia la pared en la que se encontraba el armario. Su madre se metió la mano bajo el corpiño y extrajo una cadena de la que colgaba algo. Cuando se la sacaba del cuello, la luz que se filtraba desde el pasillo le arranco un destello y el colgante brilló débilmente en la oscuridad. El miedo se enroscó como una serpiente en el estómago de Helen. La señora Cartwright apartó a un lado el gran espejo del rincón y se inclinó. Mientras manipulaba la pared de detrás con el misterioso colgante, continuó hablando.

—Sé que no lo entenderás. Aún no. Pero algún día lo harás, y hasta entonces tendrás que confiar en mí.

Curiosamente, Helen se había quedado muda. No es que no tuviese nada que decir, ni nada que preguntar. Simplemente eran tantas las preguntas que una tras otra iban solapándose como olas. No le daba tiempo a formular una cuando ya se le ocurría la siguiente. No podía entender qué hacía su madre, encorvada hacia delante en la oscuridad, con la cabeza pegada a la pared, y raspando el papel pintado.

Instantes después, la mujer se enderezó, y una puerta, hasta entonces invisible, se abrió ante ellas.

A pesar de estar a oscuras, Helen vio ternura en los ojos de su madre cuando esta estiró los brazos y la atrajo bruscamente hacia su cuerpo. Olió el aroma de las rosas del jardín en el cabello de su madre, y en su fina piel el de los libros sobre los cuales siempre tenía inclinada su cabeza.

—Helen... Helen —murmuró—. Recuerda una cosa. —Se echó hacia atrás, mirándola a los ojos—. Sabes más de lo que tú crees. Recuérdalo, descubras lo que descubras.

Se oyeron voces en el piso de abajo, y aunque las palabras eran ininteligibles, parecía evidente que quien hablaba lo hacía desde la ira o el miedo. Su madre se atrevió a echar un vistazo a la puerta antes de volverse hacia Helen con renovada vehemencia.

—Toma esto. —Le puso un trozo de papel arrugado en la mano—. Tómallo y quédate sentada sin hacer ruido, hasta que compruebes que se han ido. Hay una escalera que te llevará a un pasadizo que hay bajo la casa y que tiene la salida al otro lado de la calle. Reúnete con Darius y Griffin. En el papel tienes la dirección. Ellos te llevarán con Galizur. Tienes cuanto necesitas. Mientras huyes no hagas el más mínimo ruido. Si te oyen, te encontrarán. Y si te encuentran... —Hizo una pausa, y levantó la barbilla de Helen para que la mirase directamente a los ojos—. Y esto es importante, hija: si te encuentran, te matarán.

—¡No voy a dejarte! —lloró Helen.

—Escúchame —la voz de su madre se tornó más firme, casi enfadada mientras la agarraba por los hombros—.

Lo harás, Helen. Pase lo que pase, saldrás de aquí con vida. Si no, todo habrá sido en vano. ¿Lo entiendes?

Helen sacudió la cabeza.

—¡No! ¡Por favor, dime lo que está pasando!

Su madre se sacó la cadena que llevaba alrededor del cuello, y se la colocó a Helen. La llave cayó sobre la pechera de su camisón.

Sosteniendo el rostro de su hija entre sus manos, se inclinó para besarla en la frente.

—Cierra la puerta desde dentro. Para alumbrar el camino, usa el colgante que te regalamos, pero no te muevas hasta que estés segura de que no te oyen. Y ponte a salvo, cariño.

La empujó dentro del hueco de la pared y Helen no tuvo más remedio que apretar contra su pecho la bolsa de viaje. Se agachó y trastabilló al cruzar la pequeña entrada intentando no golpearse la cabeza. Su madre se detuvo una vez más, como si lo estuviese reconsiderando, y luego, sin añadir una palabra, comenzó a empujar la puerta para cerrarla. La rendija se fue haciendo más y más pequeña, desapareciendo poco a poco hasta desvanecerse completamente al encajarse la puerta.

—Echa la llave, Helen. Ahora —la voz de su madre no era más que un susurro desde el otro lado de la pared. Helen reprimió una oleada de pánico al oír cómo alisaba el papel de la pared sobre la cerradura secreta y arrastraba el espejo hasta dejarlo justo delante de su escondite.

El interior de la pared era peor que oscuro. Era como si se hubiese precipitado dentro de la nada. Depositó en el suelo la bolsa y tanteó el cierre en la oscuridad. El papel que

le había dado su madre estaba húmedo a causa del sudor de la palma de su mano, ahora no podría leerlo aunque quisiera, así que lo metió dentro de la bolsa.

Agarró la llave con una mano y con la otra palpó la pared tratando de localizar la cerradura. Las manos le temblaban a causa de su creciente pánico. La puerta era prácticamente imperceptible, parecía casi imposible encontrarla en la oscuridad. Era la tercera vez que pasaba la mano cuando por fin encontró una fina línea en la escayola. Recorriéndola despacio con sus dedos, fue tanteando en busca de la cerradura. Cuando por fin llegó a ella parecía haber pasado una eternidad.

Estaba tratando de encajar la llave cuando le llegó un ruido de algún lugar más allá de la habitación. No podía saber exactamente de dónde, ya que se hallaba envuelta en el silencioso capullo de madera y yeso que conformaba su escondite. Aguzó el oído. Le pareció escuchar gritos... lloros. Y luego un estrépito que la hizo sobrecogerse. La llave se le escurrió de la mano y cayó con un tintineo. Apenas vaciló un momento.

Fuera lo que fuese lo que estaba pasando iba a empeorar antes de que terminase la noche.

Tanteando el suelo en busca de la llave, Helen trató de ignorar los ruidos. Su escondite no era muy grande y en pocos segundos sus dedos tropezaron con ella. La agarró con cuidado con una mano y volvió a buscar a tientas la cerradura. Esta vez no tardó mucho.

Tras un par de tentativas encajó la llave y la giró rápidamente, luego se apartó de la puerta camuflada hasta que su espalda topó con un sólido bloque de madera. Apenas

disfrutó de unos breves instantes, unos preciosos instantes de silencio, antes de escuchar los pasos sigilosos de unas botas.

Al principio las pisadas eran distantes. Helen pensó que pasarían de largo, pero no tardaron mucho en hacerse más y más fuertes, y supo que estaban dentro de su habitación. Sintió esperanza de pronto. Esperanza de que fuese padre quien venía a buscarla. A decirle que fuese cual fuese el peligro que había habido en la casa, ya había pasado. Pero supo que no era él cuando las botas aminoraron el paso. No se dirigieron directamente hacia la puerta secreta para liberarla de su oscuridad.

En lugar de eso, pasearon lentamente por su habitación antes de detenerse de pronto frente a su escondite.

Helen trató de ralentizar su respiración agitada mientras aguardaba a que las pisadas se alejasen de nuevo, pero no lo hicieron. Quien hubiese entrado en su habitación seguía estando allí. Se quedó todo lo quieta que pudo, tratando de calmar sus pensamientos. Al fin y al cabo ella había pasado muchas horas en su alcoba y jamás había notado la existencia de esa puerta secreta, ni siquiera en los momentos en los que entraba más luz del sol. Seguro que ese extraño sería incapaz de ver la abertura en plena noche y con el gran espejo colocado delante de ella.

Durante unos segundos funcionó. Comenzó a respirar algo más aliviada.

Pero eso fue antes de que se produjese un estallido infernal de ruidos. Antes de escuchar cómo despejaban el tocador de frascos y tarros, que cayeron al suelo y se hicieron añicos contra las tablas de madera. Antes de sentir cómo

volcaban el escritorio y cómo hacían caer el armario, y sí, antes de escuchar cómo el pesado espejo tallado que guardaba su escondite caía al suelo y cómo el cristal se partía en mil pedazos.